

I

No sé, aseguraré a quien me lo pregunte, como me he metido en esto o que cojones significa, lo único que sé es que están delante de mí. Son tres, y dan la impresión de haberse equivocado de época. Dos de ellos van vestidos de policías, con esos uniformes azules de gorra de plato de la América de los cincuenta, exactamente iguales ambos, con los brazos rígidamente extendidos enseñando una placa reluciente sin número alguno. Lo absurdo de la situación me habría provocado un enorme desconcierto si no fuera porque cualquier sentido de lógica escapaba al observarles atentamente. Sus bocas estaban fruncidas como las de muñecos de cera y sobre sus cuerpos se proyectaban profundas sombras que no eran provocadas por ninguna luz, sino que parecían materializarse sobre ellos como si de un tejido negro vivo se tratase.

Detrás, mirándome fijamente, se encuentra un hombre alto, rubio, de pelo corto y con una mirada afilada como una navaja. Sus cejas están juntas en expresión de un cansancio eterno acompañado de mal humor, causando unas arrugas en su frente que poseen la terrible profundidad de los años que él no tiene. Enfundado en una gabardina beige, busca las palabras.

Sé a quien buscan. Solo alguien como ellos puede saber de la existencia de alguien como él. Aberración conoce a aberración. Anacronismo conoce a anacronismo.

Él se presentó un día en la puerta de mi casa. No tras ella, llamando, sino dentro de mi casa, de pie silenciosamente en el pasillo oscuro, esperando algún movimiento, por fugaz que fuera. En cuanto le vi giró su cara y me miró con los ojos vacíos y muertos, como si fueran cuencas de cristal.

- Yo te he creado – me dijo – He creado este mundo sin sabor para refugiarme en él. No entrarás nunca más a tu sótano, pues ya no pertenece a tu mundo, sino al mío. –

Le miré fijamente, lleno de incompreensión. Observé que justo por debajo de su barbilla se extendía una fina línea, como un profundo surco en la piel, que se continuaba por detrás de las orejas y se volvía a juntar en lo alto de su cabeza. Esta línea, lo supe sin llegar a entenderlo, es por donde se diferencian su cuerpo de la máscara que era su cara en ese momento, tapando el vacío absoluto que es su interior. Sé que por mí eligió una máscara inexpresiva, una máscara que me hundiera en un mar de dudas, pero al menos tuvo la piedad de no mostrarme con otro de sus falsos rostros la profundidad de los sentimientos que le hacían seguir vivo, a pesar de ser tan viejo como el universo y más viejo que muchos de ellos.

El hombre rubio por fin avanza hacia mí, la gabardina colgando muerta de sus hombros hasta casi rozar el suelo. Apartó a los dos policías cogiéndolos por el hombro, de forma que estos quedaron mirándose el uno al otro sin dar ninguna señal de verse, quietos como estatuas. Se coloca ante mí y, levantando un dedo acusador, grita – Queremos la verdad. –

La petición me sorprende, ahondando mi confusión. Les miro pálido de frustración ante una realidad que se desmorona, cayendo como la arena en un puño, y pienso en el hombre de la máscara, en su aparición y sus frases misteriosas, y en estos tres personajes, que están en mi casa ignorando totalmente el hecho de que han aparecido de la nada.

En un instante la frustración se transforma en rabia y mis manos se crispan solas. Las alzo y en un caudal de voz constreñido por la angustia digo - ¡Sí, yo también quiero la verdad! – Señalo con el dedo todavía contraído la puerta a mi espalda. – Bajad allí y obtenedla, pero decídmela luego ¡Yo también quiero la verdad! –

Avanza el hombre de beige a mi lado con sus manos ahora en los bolsillos, el rostro todavía contraído, esta vez con otra expresión. Pasa a mi lado mientras yo sigo mirando al frente, al lugar en el que estaban los dos policías y ya no hay nadie, como si hubieran sido solamente dos marionetas bajadas por el titiritero, dos instrumentos para apelar a mi miedo a una justicia ultraterrena y desconocida. Entonces oigo la voz del ser de la máscara tras de mí.

– Sabrás la verdad. – dice. Inmediatamente me giro, los pelos de la espalda totalmente erizados y gotas de sudor frío cayendo por entre mis omoplatos. Siento que mi cordura se precipita por un sumidero cuando veo la escena con que se me regala.

La puerta ya no está en su sitio. Ha desaparecido junto con el marco, y en su lugar se encuentra la entrada a un pasillo del que solo se discierne el principio, pues el resto está negro como boca de lobo, hablando sin palabras de espacios infinitos totalmente incomprensibles para mentes humanas. Y a la altura de mi cara, flotando sujeta por nada, se encuentra una máscara blanca, con los ojos cruzados por dos equis negras y la boca enmarcada por una enorme sonrisa rojo sangre. Parece que haya sido arrancada de una cabeza justo por debajo de la barbilla, detrás de las orejas y por encima de la frente. Me mira con los ojos como dos pequeñas bolas de cristal, inexpresivas pero cargadas de una maldad inhumana.

- La sabrás, pero no será hoy. – Y dicho esto deriva en el aire, flotando hacia la oscuridad de las eras que se extiende detrás suyo.

En ese momento mi frustración alcanza su cúspide. Otra vez con la puerta en su sitio caigo de rodillas al suelo, la garganta dolorida por la angustia, los ojos ardiendo con lágrimas de locura. Sé que nunca conoceré la verdad.

No hay ninguna verdad.

II

Al cruzar la puerta el hombre de la gabardina beige entró en una sala sin ventanas. Estaba forrada de madera fina, con estanterías empotradas en la pared repletas de libros encuadernados en cuero viejo, algunos de ellos clásicos de la literatura, otros libros olvidados, la mayoría volúmenes que no se han escrito todavía o que nunca serán escritos. A la izquierda de la entrada, como queriendo semejar una ventana a un exterior inexistente, una pecera albergaba tres pececillos tropicales nadando perezosamente entre el surtidor de burbujas,

escondiéndose entre las algas sintéticas y el coral muerto. Al modo de un antiguo salón de caballeros ingleses el suelo de la habitación estaba cubierto por una alfombra tejida al estilo de las colonias indias, aunque se podía observar que no eran manos humanas las que la habían confeccionado. Los nudos eran demasiado finos, apretados para formar una trama dentro de una trama, dentro de una trama, y los tintes eran obscenos, parecían sangre todavía fluida, aquí sucia, allí limpia. Encima de la alfombra había una mesita de cristal y caoba brillante, como un diamante flotando en el mar de fluidos entretejidos, rodeada por tres sillones de cuero rojo y muerto. Detrás, una mesa de reunión con ocho altivas sillas, parecidas a tronos lujosos para ocasiones humildes, ocupaba la parte del suelo no invadida por la alfombra.

En medio de todo esto, alto y erguido, desafiante, con un traje negro y una copa de un líquido ambarino en la mano, se hallaba un hombre sin rostro.

No poseía facciones, pero tampoco lugar en que pudieran haber estado alguna vez. Parecía como su cara hubiera sido cortada desde debajo de la barbilla, ascendiendo por detrás de sus orejas hasta lo alto de la cabeza. Donde debería estar su semblante se hallaba un hueco negro bordeado por el cascarón limpio y fino del resto de su cráneo, con las paredes igualmente oscuras, mostrando el vacío que se hallaba antes en el pasillo de la ahora lejana casa.

Esta vez se había quitado la máscara por él, y el hombre de la gabardina beige lo sabía. Al fin las interminables persecuciones habían terminado. El hombre de negro se presentaba tal y como era su esencia. Vacía, aterradora.

Levantó su copa sutilmente a modo de saludo. – Por fin has llegado. Te esperaba. Como sabrás, he estado creando muchos mundos para ti a lo largo de mi huida. – Su tono viró hacia la ironía más pura. - Espero que te hayan gustado. –

El hombre de beige endureció todavía más su mirada, si es que esto era posible. No se movió de donde estaba, expectante, temeroso de que una simple respiración acelerada pudiera hacer desaparecer otra vez a su presa.

Entonces el hombre de negro levantó con delicadeza la mano en que no sostenía la copa e hizo un gesto circular con los dedos. A su derecha, flotando en el aire, apareció una esfera negra. Combado en su interior comenzó a discernirse un paisaje viejo y muerto, creado desde su nacimiento con miles de años de antigüedad, el suelo marrón y yermo, el cielo vacío de astro alguno. Dos faraónicas torres de una arquitectura compleja se alzaban sobre sendos pilares de roca, unidas entre sí por un gigantesco puente que trazaba un arco sobre el terreno yacente a sus pies. Eran de un color azul desvaído, como el del hueso pintado y abandonado al sol por décadas.

- Tengo la debilidad de crear mundos. Lo sabes ¿verdad? – dijo. Su tono suave encerraba la más terrible de las amenazas. Cargado de malicia, hablaba mucho más que las palabras que lo transportaban. – Lo siento, pero tengo la necesidad de encerrarte en uno de ellos para siempre. Mientras tú camines libre por entre los universos yo estaré obligado a huir, así que he decidido hacerte desaparecer en un hogar creado especialmente para ti. –

Inmediatamente el hombre de la gabardina beige notó como su alma era atraída por una fuerza arrebatadora, arrancada de su alma y lanzada al tiempo. El mundo en que se hallaba pasó a su alrededor como tela rasgada y estirada, dejando un túnel negro por el que su visión se acercaba cada vez más vertiginosamente hacia el mundo de las dos torres. Trató de aferrarse a algo, pero no poseía cuerpo para ello. Sin embargo, su mente sí que encontró un punto de apoyo. Halló al hombre de negro, todavía altivo en la habitación, a mundos de distancia. Lo agarró desesperadamente, lo sujetó con su voluntad y lo arrastró consigo, llevándolo hacia el mundo que él mismo había creado con órdenes de sellarse a la llegada del hombre de beige. Debatiéndose con todas sus fuerzas el hombre de negro creó otra esfera en la que todo el universo era un pez enorme y monstruoso, deforme, flotando en medio de la nada.

A pesar de la fuerza con que se le repelía, el hombre de beige tiró del hombre de negro y se zambulló en el ser grotesco. El hombre de negro, presa del terror más absoluto, creó un

mundo tras otro, pesadilla tras pesadilla, con la esperanza de enloquecer a su captor y liberarse de él. El hombre de beige los esquivó o atravesó, sujetando fuertemente la esencia de su frenético adversario. Éste, en su desesperación, siguió creando mundos y encadenándolos unos a otros, tratando de tejer un laberinto lo suficientemente intrincado como para que el alma del hombre de beige se perdiera en él.

Hasta que, finalmente, cometió un error. Dejándose llevar por su miedo, imaginó otra vez un mundo que ya había creado, imaginó las torres, la roca muerta y el cielo muerto, que conectaban con el monstruoso pez, que conectaba con otro, que a su vez conectaba con otro, y con otro, y con otro.

III

Así es como el hombre de beige consiguió su victoria en su derrota, pues ahora están los dos encerrados en un ciclo sin fin, condenados a vagar por mundos inenarrables hasta que acabe un tiempo sin tiempo.

El hombre de beige había derrotado a Dios.